

Una novela desconocida de Pablo de Olavide

En el Tercer Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en 1968, en México, D.F., tuvimos oportunidad de dar a conocer el hallazgo de dos novelas escritas por Pablo de Olavide y editadas en los Estados Unidos hace siglo y medio (Nueva York, en la Imprenta de Cayetano Lanuza, Mendía y C., 1828) a saber:

El incógnito o el fruto de la ambición (144 + 171 p.) y

Paulina o el amor desinteresado (159 p.)

Posteriormente, continuando nuestras investigaciones en bibliotecas norteamericanas, pudimos hallar los textos impresos por la misma firma editora y, el mismo año, de las siguientes novelas:

Marcelo o los peligros de la Corte (160 p.)

Laura o el Sol de Sevilla (112 p.)

Lucía o la aldeana virtuosa (96 p.)

Sabina o los grandes sin disfraz (96 + 80 p.)

Reuniendo los seis textos, publicamos en 1971 el volumen que titulamos *Obras narrativas desconocidas* (Lima, Biblioteca Nacional del Perú, 1971).

Teresa, la novela peruana

Búsquedas infructuosas efectuadas en las principales bibliotecas del mundo durante estos últimos años, nos llevaron a suponer que las restantes novelas podrían considerarse definitivamente perdidas, fueran editas o inéditas. Pero hace poco, dimos por azar en la Biblioteca Nacional del Perú con un pequeño volumen titulado *Teresa o el terremoto de Lima, novela peruana*, bajo la signatura X868.5-T, publicado en París, 1829, en la Imprenta de Pillet (147 p.), sin nombre de autor. Creemos no ser descaminado atribuir también su paternidad a Pablo de Olavide.

Surgen así algunas incógnitas por despejar: ¿Por qué se editó esta obra en París y no en Nueva York como las demás? Es posible que el editor Lanuza volviera en 1829 de Nueva York a París, donde había residido antes, pues dejan de aparecer también, desde 1829, en Estados Unidos obras castellanas bajo su nombre de impresor. ¿Se editaron en París otras novelas del mismo autor? Ojalá haya oportunidad y medios de esclarecer más ampliamente estos interrogantes. Diversas consideraciones nos llevan a establecer que el texto hallado es inconfundiblemente de la paternidad de Olavide.

El asunto novelesco

Brevemente expuesto, el asunto de la novela es el siguiente: Don Ramiro, un sevillano acaudalado conoce en Lima («la ciudad más opulenta del Nuevo Mundo»), en ocasión de visitar el templo de San Sebastián, a una hermosa doncella, Teresa Fuentes, hija única de madre viuda y pobre. Le ofrece protección, promete desposarla y la instala con su madre en una cómoda y céntrica morada, distinta de aquella modesta vivienda que ellas habitaron antes, situada «en el arrabal que un riachuelo (el Rímac) separa de Lima».

Estando en preparativos de la boda, don Ramiro recibe la inesperada visita de Alonso, joven recién llegado de España, hijo de un dilecto amigo suyo de Sierra Morena y Sevilla. Lo atiende y tiene ocasión de presentarlo a su prometida Teresa. Nace entre ésta y el huésped una corriente de amistad y amor, de lo cual don Ramiro se da cuenta. Pero decidido don Ramiro a llevar adelante su matrimonio y de acuerdo con la madre de Teresa, se propone alejar a Alonso del Perú. Para ello se vale de su influencia ante el Virrey y obtiene de éste que nombre a Alonso alto funcionario en las islas Filipinas, con inmediata orden de traslado. Alonso se despide melancólicamente de Teresa y se aleja del Perú. Don Ramiro cumple su designio de casarse con Teresa.

Transcurrido un lapso de tiempo, Alonso tiene oportunidad de volver a Lima, de paso, por obligaciones de su cargo. Arriba al Callao un día de fines de octubre de 1746 en circunstancias en que «el mar se hinchó y bramó con furia». Era el anuncio y comienzo de un cataclismo que obligó al barco a forzar velas para retirarse mar afuera. «Media hora más tarde el mar inundó el puerto y las tierras situadas hasta más de una legua». La mayor parte de los barcos en el Callao naufragaron y algunos fueron lanzados tierra adentro (datos que son rigurosamente históricos como todos los referentes al sismo). Así relata Olavide la catástrofe:

El mar inundó el puerto y las tierras situadas más allá, hasta más de una legua; aun se tragó a los más de los infelices que se salvaban en Lima. De veinte y tres navíos que había en el puerto, se fueron a fondo 19 y cosa asombrosa, si semejantes desastres no fueran auténticos, arrojó el mar los otros cuatro bien adelante tierra adentro.

En Lima, el terremoto destruyó gran parte de la ciudad. Pasados los momentos de espanto, Alonso piensa en la suerte que habrá corrido Teresa. Apenas calmada la furia de la naturaleza, desembarca en el puerto destruido y remontando las ruinas y la inundación, toma el camino de Lima, encontrándola igualmente cubierta de escombros. «Únicamente 25 casas de Lima se habían libertado de la ruina general», aunque el número de víctimas humanas era menor que en el Callao. Alonso se acerca a los escombros de la casa de don Ramiro y allí descubre el cadáver de la madre de Teresa. Prosiguiendo su búsqueda, vaga entre los derrumbes y cascotes mientras la tierra seguía temblando, pues «hasta el 29 de noviembre, es decir por espacio de más de un mes, se experimentaron unos 60 temblores y algunos violentísimos».

Con ayuda de algunos voluntarios, Alonso remueve algunos escombros y encuentra el cuerpo de una mujer que era Teresa, sin sentido, pero viva. Al cabo de unos instantes ella se recupera y se muestra sorprendida de hallarse entre los brazos de Alonso. Cubierto por los mismos escombros y por la indicación de Teresa, Alonso encuentra

a don Ramiro en lastimoso estado. Se le acondiciona en la parte habitable de la casa, pero don Ramiro se agrava y se siente morir y aconseja que, como reparación de lo que con su influencia había impedido, se unan Teresa y Alonso «con vínculos sagrados» y divide sus bienes entre los dos. Fallece Ramiro a los pocos días.

Alonso asiste a la recuperación de la normalidad y ventila con el Virrey importantes negocios de Estado que lo habían traído a Lima. Seis meses después, se casa con Teresa y viajan para establecerse en Sevilla. «Fue así cómo tan espantoso desastre había sido el camino de la felicidad para ellos», dicen las líneas finales.

El problema de la autoría

Para poner en evidencia que *Teresa* fue realmente escrita por Olavide, vale utilizar una simple operación comparativa. En efecto, los giros y léxico similares, el tono narrativo idéntico, la presencia del narrador omnisciente y aleccionador, son innegablemente semejantes a sus demás novelas. Al ritmo parecido de la prosa narrativa y a su contenido edificante que caracteriza a esta novela y a las antecedentes, se une la aproximada simultaneidad en la aparición de las ediciones. Hay semejanza de estructura, de extensión, de estilo, de intención moralizante, de forma de redacción, de léxico y de norma general de exposición. A ello puede agregarse, como elemento decisivo, la coincidencia entre las circunstancias que rodean la trama y la propia vida y experiencia del autor. Además, y en ello reside su más alto interés, el ambiente limeño es el mismo vivido por Olavide en sus años mozos. Aunque en circunstancias adversas de una catástrofe, el Callao y Lima corresponden a una descripción de algo vivido, como en efecto sucedió en el caso de Olavide, testigo presencial de la terrible catástrofe que asoló la capital y su primer puerto en 1746, y donde perdió a sus padres y una hermana, y protagonista principal del programa de reconstrucción de la ciudad. La manera expositiva llena de equilibrio y mesura, aun podría ser considerada irreprochable si no estuviera salpicada de algunos galicismos cuyo uso fue frecuente en la época, o sea en los finales del XVIII, pues ésta y las demás novelas debieron ser escritas en los últimos años de vida del autor o sea poco antes de 1803, fecha del deceso de Olavide en Baeza.

Igualmente fluye con verosimilitud el enlace del asunto narrativo con la dramática descripción de la catástrofe que sufrieron Lima y Callao, y en cuya reconstrucción posterior se distinguió Olavide como hombre de iniciativa y planes que puso al servicio de la acción gubernativa (entre 1745 y 1759) del Virrey Manso de Velasco, después Conde de Superunda, varias veces citado en el texto. Juzgando la acción restauradora del Virrey, que fue en parte la suya, se expresa Olavide en la novela:

Las órdenes del Virrey hicieron venir provisiones en abundancia que impidieron el hambre. Cuando en una numerosa población cada uno se ocupa en reparar sus pérdidas, los vestigios suyos pueden subsistir todavía por mucho tiempo; pero no tarda en establecerse una especie de orden y se reproducen los recursos a cada instante. Fue lo que sucedió en este muy memorable terremoto.

Debemos agregar todavía que el relato supera en fluidez y desenvoltura a las demás novelas conocidas de Olavide aunque las asemeja el culto de las situaciones fortuitas. Esta vez son escasas las expansiones del sentimentalismo, no obstante el planteamiento